10815

El

Zoque de Arima

Céspedes

7

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

POR DON MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA LA ÈPOCA ACTUAL POR DON JUAN VALERA

Lujosísima edición ilustrada con magníficas cromolitografías representando monumentos, armas, autógrafos, copi
dices y varios objetos históricos, y con grandes láminas en las que están reproducidos los retratos de los principale
rcas españoles. Aparte de esto, van intercalados en el texto más de seis mil grabados, reproducción exacta de todo
os de monedas que han circulado en España y sus posesiones desde los primitivos tiempos hasta el día.
La obra del Sr. Lafuente consta de unas 470 entregas, que forman cinco regulares tomos, á los cuales seguirá otro
lo á la continuación de la Historia hasta la época actual.
Cada entrega, cuyo precio es el de REAL Y MEDIO, consta de ocho páginas de impresión, ó sean diez y seis gra
umnas de texto, impresas en caracteres claros á la par que compactos, y en papel superior perfectamente glaseado.
Se repartirá semanalmente un cuaderno de cuatro entregas, equivaliendo cada lámina suelta á una entrega.
Está en prensa una edición económica y lujosamente impresa, al precio de CINCO pesetas el tomo ricamente encuadern

---

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

POR EL ILMO. SEÑOR DOCTOR DON VICENTE DE LA FUENTE

edrático de la Universidad de Madrid, académico de número en las Reales Academias de la Historia y de Ciencias m
les y políticas, etcétera.—Espléndida edición ilustrada con bellísimas cromolitografías copias de pinturas del siglo x
de la celebrada colección de dibujos del renombrado artista Overweek, ilustrados
además con

EL TOQUE DE ÁNIMAS.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/eltoquedenimasza1177arri

EL TOQUE DE ÁNIMAS,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

LETRA

DE D. DARÍO CÉSPEDES,

MÚSICA

DE D. EMILIO ARRIETA.

Representada por primera vez en el teatro del Circo, en Noviembre de 1864.

A D. Fran.co Javier Olivarria
Memorias de mat.m
Darío Céspedes

MADRID,
IMPRENTA DE F. MARTÍNEZ GARCÍA,
calle del Oso, número 21.

1864

PERSONAS.	ACTORES.
LORENZA.	D.ª Antonia Uzal.
SALVATOR.	D. Tirso Obregon.
ANTONIO.	Manuel Sanz.
CAPUZZI.	Joaquin Becerra.
AMBROSIO..	Ricardo Allú.
NICOLAS..	Cipriano Jalon.
TOMAS..	J. Bornachea.

Saltimbanquis, Hombres, Mujeres y Niños del pueblo, Embozados, Esbirros, dos Ancianos nobles, dos Pajes de la corte pontificia, Caballeros, Aldeanos y Aldeanas.

Roma, 1646.

El pensamiento de esta obra está sacado de la ópera cómica francesa titulada *Salvator Rosa*.

ACTO PRIMERO.

La plaza del Pópolo; en el fondo la via del Corso: á la derecha, en primer término, una hostería: en segundo, esterior de una gran casa, ámbas con puertas practicables; á la izquierda una barraca de Saltimbanquis, en cuya puerta hay una cortina de percal que, descorrida á su tiempo, dejará ver el interior de un teatrito cuyo proscenio queda fuera de la cortina.

ESCENA PRIMERA.

NICOLAS, AMBROSIO, SALTIMBANQUIS y PUEBLO.

MÚSICA.

SALT. y NIC. Romanas hechiceras,
venid, venid.
Romanos generosos,
llegad, llegad;
las flores del ingenio
vereis aquí,
en farsa y pantomima,
nacer, brotar.

PUEBLO. Dejemos á esa gente
charlar, mentir;
que solos se diviertan
mejor será.
Son tales que si quieren
hacer reir,

609087

imbéciles consiguen
hacer llorar.

—

AMBR. (Saliendo en traje de arlequin con tambor y trompeta.)
¡Oid, oid mi tarirarí!...
¡Oid, oid mi rancataplan!

—

Hay un simpático personal
en esta funcion.
Hay una gran notabilidad
que toca el tambor.
Hay un intrépido arlequin
que canta muy bien
y da los saltos del trampolin
y baila en un pié.

PUEBLO. (Repitiendo con desden.)
¡Vaya un simpático personal
que habrá en la funcion!
¡Vaya una gran notabilidad
que toca el tambor!
¡Vaya un intrépido arlequin
que canta muy bien,
y da los saltos del trampolin
y baila en un pié!

AMBR. (Haciendo muecas y contorsiones.)
¿Me veis el último
de la comparsa?
Pues en la farsa
no tengo igual.
Invento fábulas
y canto á duo,
é imito al buho
muy natural.
¡Cú, cú!...
¿Qué tal?
Soy un cuquito muy regular.

CORO. Es un
truhan.
Es un cuquito muy regular.

AMBR. y CORO. Oid mi tararí, etc.
Romanas hechiceras, etc.
Dejemos á esa gente, etc.

ESCENA II.

AMBROSIO, NICOLAS y SALTIMBANQUIS.

(El concurso ha desaparecido en todas direcciones. Parte del pueblo entra en la hostería. Los Saltimbanquis bajan la cabeza con muestras del mayor abatimiento. Ambrosio pasea por el foro pregonando al compas del tambor. Los puntos suspensivos indican el redoble.)

HABLADO.

AMBR. Atencion... chicos y grandes...
que da principio la danza...
gran funcion; aquí vereis...
á Páris guardando cabras...
cuando tiró la camuesa
entre Vénus, Juno y Palas...
Vereis á la reina Dido...
perecer entre las llamas...
y á David friendo migas...
y á Epulon comiendo magras...
Aquí vereis el diluvio
que llenó al mundo de ranas...
y al rey que rabió por sopas...
(y á mí que voto de rabia). (Bajando al proscenio.
—Ya lo veis, amigos mios,
el tamboril no levanta
el arte titiritero.

NIC. Huyen de nuestra barraca.

AMBR. Nicolas, cierra el teatro,
ya ves que no pasa un alma.

NIC. Cállate con mil demonios.

AMBR. ¡Mil demonios, buena entrada!
Pero se acabó aquel tiempo
en que se ponian guardias
al rededor del teatro.

NIC. ¡Cuando Coviello actuaba!

AMBR. Como que era el Saltimbanquis
más simpático de Italia...

NIC. ¡Y morirse de repente!

AMBR. ¡De sobremesa! ¡Caramba!
No moriremos nosotros
de esa muerte, camaradas.
TODOS. ¡Aaaah! (Bostezando.)
AMBR. Comprendo: á mí tambien (Idem.)
estos suspiros... me matan.

ESCENA III.

DICHOS, y TOMAS.

TOMAS. ¡Eh! Maese Nicolas,
no se marche.
NIC. (¡El hostelero!)
AMBR. (¡Ay Dios! Viene por dinero.)
—¡Salud, maese Tomas!...
¿Vos aquí? (¡No reventases!)
NIC. Un abrazo, buen maese.
AMBR. Otro á mí.
TOMAS. No, cese, cese.
AMBR. ¡Ay, Tomas de los Tomases!
(Segun indica el diálogo, Ambrosio y Nicolas se deshacen en cumplidos, y abrazan repetidas veces á Tomas como si se propusieran aburrirle.)
—Chicos, el Tíber me trague,
si hay una hostería en Roma
en donde mejor se coma...
(y en donde peor se pague).
NIC. Abundancia en las raciones.
AMBR. Y limpieza en los manteles.
NIC. ¡Qué vinos, y qué pasteles!
AMBR. ¡Qué salsa de macarrones!
(Le vuelven á abrazar.)
Perdonad, siento al hallaros
un gusto...
(Todo muy rápido.)
NIC. Pues...
AMBR. Y un sabor...
¿Y cómo va ese valor?
TOMAS. Gracias, sí, vengo á buscaros.
AMBR. y NIC. ¡Amigo mio!...
TOMAS. ¡Qué extremos!..

AMBR. Sois de la desgracia báculo.
TOMAS. No, yo vengo...
AMBR. ¿Al espectáculo?
Comencemos...
NIC. Comencemos.
TOMAS. No, señores, poco á poco:
yo vengo...
AMBR. No hay que decir...
os hemos visto venir.
TOMAS. ¡Vengo á cobrar!... (Irritado.)
AMBR. (Está loco.) (Bajo á Nicolas.)
NIC. (Punto en boca.)
AMBR. (Punto en boca.)
TOMAS. ¿Qué tenemos de...
AMBR. Funcion?
Aventuras de Neron
con doña Juana la Loca.
TOMAS. Vanas son vuestras locuras
si habeis pensado aburrirme;
vengo á cobrar; vais á oirme,
ó vais á morir á oscuras.
AMBR. ¡Caballero! Tal ultraje...
Hablais con hombres honrados.
TOMAS. Pues dadme quince ducados
de comida y hospedaje.
AMBR. Eso... jamas...
TOMAS. ¿Cómo no?
¿A negármelos se atreven?
AMBR. Jamas niegan lo que deben
caballeros como yo.
TOMAS. Pues págueme el caballero
arquelin.
AMBR. Bien; Nicolas,
¿pago á Maese Tomas?
NIC. Pero...
AMBR. Ya lo ois que... ¡pero!...
TOMAS. ¿Burlitas á mí? Pues juro
darles lo que han menester.
AMBR. Sí, sí, dadnos de comer
y nos saca de un apuro.
TOMAS. ¡Comer!
AMBR. Una buena obra

que Dios galardonará.

TOMAS. ¡Comer! Yo no fio ya
si no pagan.

AMBR. (Pues no cobra.)

TOMAS. Sin pleitos ni protocolos
ved quién del apuro os saca,
ó embargo vuestra barraca
y todos los chirimbolos.

NIC. ¡Caballero!... (Todos rodean á Tomas suplicándole.)

AMBR. ¡Caballero!

TOMAS. Id al infierno los dos.

AMBR. ¿Y qué se dirá de vos,
el insigne pastelero?

TOMAS. Que hoy he de ver arregladas
nuestras cuentas; de otro modo
atados codo con codo...

SALV. ¡A quién! ¿A mis camaradas? (Saliendo.)

(Este aparece vestido como de viaje; un laud á la espalda, cartera y útiles de dibujo debajo del brazo, y espadon al cinto.)

ESCENA IV.

DICHOS, y SALVATOR.

TOMAS. Bien venido el forastero.

SALV. ¿Qué motiva este alboroto,
qué ha hecho esa buena gente?

TOMAS. Comer y engañar al prójimo:
me deben quince ducados.

SALV. ¿Quince ducados? Es poco.

NIC. (¡Esa cara!...) (Aparte mirándole.)

AMBR. (Es de los nuestros.)

SALV. ¡Ya os pagarán! Yo respondo.

AMBR. ¿Lo veis, hostelero ruin?
Este amigo es generoso,
y noble, y buen caballero,
y pagará por nosotros.

SALV. ¿Me conoces?

AMBR. Me parece...
que hemos cenado en el Corso

muchas noches.

SALV. Cenaremos.

AMBR. En hora buena.

TOMAS. Y bien: ¿cobro?

AMBR. Pagad á este mentecato.
¿Quereis en plata, ú en oro?

TOMAS. En lo que tengan.

SALV. Amigos,
yo no poseo un *bayoco*.

AMBR. (¡Adios mi dinero!)

SALV. Mas...
soy rico de gloria.

TOMAS. ¿Cómo?

SALV. Nada perdereis; yo soy
artista, y pago á mi modo.

TOMAS. No comprendo...

(Abre la cartera y se dispone á dibujar.)

SALV. Colocadle
bien, y acabaré más pronto.

TOMAS. ¡Pero qué diantres!...

AMBR. ¡Chiton! (Con misterio.)
Es un artista famoso
que os va á retratar.

TOMAS. ¿De veras?

AMBR. ¡Derecho ese cuerpo!

SALV. Ambrosio,
busca un asiento.

AMBR. El tambor.

(Salvator se sienta sobre el tambor, y dibuja mirando á Tomas, á quien Ambroslo está colocando en la actitud más ridícula.)

TOMAS. Pero aguárdese me pongo
ropilla nueva...

AMBR. Estaos quieto,
maese; allá va mi gorro.

(Le pone el gorro de Arlequin á Tomas, que se rie con la mayor candidez.)

¿A ver, en esta postura?

(Le indica una actitud de baile que Tomas procura imitar.)

TOMAS. ¿Así?

AMBR. Más arriba el codo...
¿A ver, maestro?

SALV. Muy bien. (Los Saltimbanquis rien.)

TOMAS. ¡Silencio! (Examinándole.)
AMBR. Cari-redondo,
barba lácia y puntiaguda,
pelo crespo y cuello gordo...
TOMAS. Calle el Arlequin...
SALV. ¿A ver?...
Algo bizco...
AMBR. De los ojos.
TOMAS. Es verdad.
AMBR. Frente pequeña,
grande oreja, pié redondo;
chato de nariz... é ingenio;
no puede gastar anteojos.
TOMAS. Pero puedo mantener
bigardos.
AMBR. Eso es más lógico.
SALV. Ea, maese Tomas... (Dándole el dibujo.)
TOMAS. Venga, venga.
AMBR. ¡Huy, qué abejorro! (Mirando el dibujo.)
TOMAS. Pues no me parece mal...
(Examinándole con sonrisa benévola.)
Amigo, sí, está muy propio...
AMBR. (Lee.)
«Lo hizo Salvator Rosa.»
TOMAS. (Mira con asombro estúpido á Salvator y al dibujo. Alegría en los Saltimbanquis.)
—¡Salvator Rosa, qué oigo!
¿Con qué sois vos?
SALV. Yo.
TOMAS. ¡Magnífico!
¡Estupendo, primoroso!
Saludo al pintor insigne.
Mi casa, mi rico mosto
de Urbieto, mis macarrones...
todo es vuestro.
SALV. ¿Todo?
(Entrase en la hostería, y á poco sale acompañado de algunos bebedores, sacando vasos y botellas que deja sobre la mesa que habrá en la puerta.)
TOMAS. Todo.
SALV. Ea, camaradas, ánimo,
yo vengo á vuestro socorro.

AMBR. ¡Viva Salvator!
TOMAS. Silencio,
y á beber.
AMBR. Venga mi gorro.

MÚSICA.

SALV. El mundo es una farsa;
el genio es el autor;
los hombres la comparsa,
y el diablo apuntador.
AMBR. ¡Bravo, Salvator!
CORO. ¡Viva Salvator!
SALV. A beber y á cantar,
que ya vino el licor.
AMBR. y CORO. A beber y á cantar,
que se apure el licor.

—

SALV. Mi vida es una cadena
de goces y padeceres,
mas no me ahoga la pena
ni me cansan los placeres.
Y alzo la frente serena
ante un altivo señor,
cuando en mi oido resuena
un aplauso halagador.
Y venga vivir
sin oro ni amor;
que mitiguen mis pesares
las morenas y el licor.
AMBR. y CORO. Y venga vivir, etc.

—

SALV. Cruzo el mundo, peregrino,
sin envidia, sin rencores;
y esparcir es mi destino
la alegría y los amores.
Y si no hallo en mi camino
quien apague en mí el ardor,
cual mariposa sin tino
pico una flor y otra flor.

TODOS. Y venga vivir
sin oro ni amor;
que mitiguen mis pesares
las morenas y el licor.

ESCENA V.

SALVATOR, NICOLAS, AMBROSIO, sentados á la mesa que hay á la puerta de la hostería.

HABLADO.

SALV. ¡Qué miro! Las copas llenas,
¿y os estais con esa calma?
¡Voto á Luzbel! ¿Tú, mal alma,
no quieres matar las penas?
NIC. No te admire, Salvator:
murió el insigne maestro.
SALV. ¿Quién?
AMBR. ¡El gran Coviello, nuestro
saltimbanco-director!
SALV. Murió, dejadle dormir;
al infierno la tristeza;
á trabajar sin pereza;
hay que viajar y bullir...
A quien lucha con afan,
le ayuda la Providencia.
Yo he estado en Luca, en Florencia,
en Génova y en Milan.
Pues á los recursos vuestros
iguales eran los mios;
mas yo trabajé con brios,
busqué á los grandes maestros...
Faltando Coviello, aquí
esperais...
AMBR. ¡Ir mal pasando!... (Bebe.)
¿Y tú, medraste viajando?
SALV. Yo vuelvo como partí.
NIC. ¿Y en Roma piensas fijarte?

SALV. Sí, quiero probar fortuna
y reunirme...
AMBR. Con alguna...
SALV. Con un muchacho del arte.
NIC. ¿Pintor?
SALV. Un jóven pintor,
discípulo y camarada.
Pago una deuda sagrada
prodigándole mi amor.
Por un desdichado azar
quedóse huérfano un dia...
¡Es una historia sombría
que en vano quiero olvidar!
—Diez años hace: una noche,
al toque de la oracion,
salimos de un gazapon,
hartos de bulla y derroche,
varios mozos que hemos dado
mucho que hablar en la vida:
gente brava ó forajida
de mal vino y peor dado.
Iba yo á salir, y acierta
otro hombre á querer entrar;
empujéle, y fué á parar
á dos varas de la puerta.
Grita furioso: «¡Grosero!»
«¡Insolente!» Le replico.
Y aquí cerramos el pico
y empuñamos el acero.
Al punto de una estocada
cayó mi hombre desplomado;
y envuelta en sudor helado
mi diestra soltó la espada.
Huyo del sitio fatal
porque mi riesgo lo exige;
mas á otro dia maldije
mi cólera criminal.
La mano que dió castigo
á una palabra imprudente,
robaba á un niño inocente
su padre, su único abrigo.
Por mi falta, al corazon

remordimientos oprimen;
la falta produjo un crímen:
juré su reparacion.
De entónces me hice el sosten
de un huérfano desvalido,
y más bien que amigo, he sido
padre que anhela su bien.
Y, en fin, tanto la amistad
creció con la simpatía,
que aun á costa de la mia
quiero su felicidad.

NIC. ¡Bien, por Cristo!

SALV. No os asombre
que recomiende el secreto.

NIC. ¡Bah!

AMBR. Sois un hombre completo;
¿y el chico ya será un hombre?

SALV. Camaradas, creo que hoy
mi amistad os abandona;
pero en la plaza Navona
tengo mi estudio, allí voy.
Perdonad, ya me deshago
por abrazar á mi amigo.
¡Animo! Contad conmigo...
y vaya el último trago. (Beben.)

NIC. ¡Por tu fortuna!

SALV. ¡Brindad
por la vuestra!

AMBR. ¡Dios la dé!

SALV. ¡Animo y fe!

AMBR. Mucha fe,
esperanza y caridad. (Entran en la barraca.)

ESCENA VI.

SALVATOR, despues ANTONIO.

SALV. ¡La fortuna! Yo pensaba
encontrarla con viajar,
y vuelvo á Roma lo mismo.

(Queda pensativo: á este tiempo sale Antonio, y sin reparar en él se coloca detras mirando las ventanas de la casa de Capuzzi: ámbos dan un suspiro, y al volverse para salir tropiezan fuertemente uno con otro.)

ANT. (¡Adios!)
SALV. (¡Qué diablos!...)
ANT. ¡Uf!
SALV. ¡Paf!
ANT. «¡Grosero!»
SALV. «¡Insolente!»
ANT. ¡Oh! (Sorpresa.)
SALV. ¡Antonio! (Reconociéndole.)
ANT. ¡Salvator! (Idem.)
LOS DOS. ¡Ah!... (Expansion.)
ANT. ¡Y yo buscaba pendencia!
SALV. (¡Y yo le iba á atravesar
como á su padre! Maldigo
mi satánico genial.)
¿Qué haces aquí?
ANT. ¿Tú de vuelta?
SALV. Iba en tu busca.
ANT. En verdad
llegas á tiempo; ahora mismo
al Tíber me voy á echar.
SALV. A suicidarte... ¿estás loco?
ANT. Amigo, un fuego voraz
abrasa mi corazon.
SALV. ¡Amoríos, voto á San!...
ANT. ¡Ahora, ríete de mí!
SALV. Reirme, no haré yo tal,
que estoy más enamorado
que tú; pero mucho más.
ANT. ¡Cómo! ¿Y te explicas así
en ese tono glacial?
SALV. ¡Porque amo sin esperanza!
ANT. ¡Qué has dicho! ¡Oh felicidad!
Salvator, ¿eres mi amigo?
SALV. La pregunta es singular.
ANT. Abrázame, y nos ahogamos
á un tiempo.
SALV. Vamos allá.

(Dan algunos pasos abrazados.)

ANT. ¿Pero sabes lo que siento?
SALV. Sí, que vamos á enturbiar
el agua.
ANT. Que nos muramos
sin decir por qué.
SALV. Eres tan
precipitado en tus cosas...
Te contaré mi penar.
Adoro, pero de veras,
á una niña angelical:
la conocí en un convento
de Florencia: fuí á pintar
una Madona; ella era
mi modelo, una beldad
incomparable: rendido,
la manifesté mi afan;
y respondiendo á mi ruego
tierna, sencilla, leal,
de la noche á la mañana
mi paloma echó á volar.
Una noche la sacó
del convento...
ANT. ¿Otro galan?
SALV. Tales fueron mis sospechas:
luégo pude averiguar
que se fué con su familia,
y ahora no sé dónde está.
Ya ves tú si es mi tormento
mayor; tu querido iman
no estará léjos de aquí.
ANT. ¡Qué! Si no la puedo hablar:
somos víctimas del viejo
más extravagante y más...
Capuzzi.
SALV. ¿El señor Capuzzi?
De todo será capaz.
ANT. ¡Un comerciante tan fuerte!
SALV. Y tú tan flojo serás
que no te atrevas con él.
ANT. Yo no tengo más caudal
que mis manos.
SALV. ¿Dónde vive?

ANT. Mira; esas ventanas dan
al cuarto de mi adorada.
SALV. Ea, pues vas á cantar
una balada alegórica
que la escuche tu beldad.
ANT. ¿Aqui? Famosa ocurrencia.
SALV. Es un poco original,
mas no importa.
ANT. Quita, quita,
cuando estoy para entregar
mi alma...
SALV. No tengas prisa:
otro dia te ahogarás.
(Preludio de arpa dentro, y de laud fuera.)

ESCENA VII.

DICHOS: LORENZA, dentro.

MÚSICA.

ANT. Léjos del bien que adoro
paso la triste vida;
y vierto ardiente lloro
del alma dolorida.
Ave que en raudo giro
cruzas la inmensidad,
llévale mi suspiro,
dile mi tierno afan.

—

LOR. ¡Efímera ventura!
¡Cuán rápida pasó!
ANT. ¡Es ella!
SALV. Su voz pura
cautiva el corazon.
LOR. No culpes mi desvío,
dulce adorado bien.
Aun guarda el pecho mio
la prometida fe.
SALV. (¡Cielos! ¿Qué oí?)
ANT. (Apasionado.) ¡Es ella!

SALV. (¡Me engañará el deseo!)
¿Digiste que la bella
te ama?

—

ANT. Así lo creo.
LOR. Léjos del bien que adoro
paso mi amarga vida;
por él al cielo imploro
amante y oprimida.
Ave que en raudo giro
cruzas la inmensidad,
llévale mi suspiro,
dile mi tierno afan.
SALV. (Agitado.)
¿En dónde conociste á esa doncella?
ANT. En Roma.
SALV. Dí su nombre.
ANT. Ines.
SALV. (¡No es ella!)

—

LOR. ¡Bella esperanza mia,
ay, nunca volverás!
ANT. Ave que en raudo giro
cruzas la inmensidad,
llévale mi suspiro,
dile mi tierno afan.
SALV. Ave que en raudo giro
cruzas la inmensidad,
llévale mi suspiro,
dile mi tierno afan.

HABLADO.

CAPUZZI. (Dentro.)
¿Qué bulla es esta? ¿Canciones
á mi ventana? Yo haré...
SALV. Vete, yo le ablandaré.
ANT. ¡Ah! ¡No le ablandan razones!
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII.

SALVATOR y CAPUZZI.

CAPUZZI. Malhaya, amen, el taimado
que me viene á despertar,
con su importuno cantar
y sus... ¡Allí está parado!
¿Caballerito? ¿Sois vos (Dirigiéndose á él.)
esa cigarra molesta
que me interrumpe la siesta?...
¡Oiga! Márchese con Dios:
su cantar nos encocora.
Sabedlo. ¿Acaso imagina
que es pintora mi sobrina,
ó música ó trovadora?

SALV. Señor Capuzzi, ¿es creible
que mi amigo el comerciante
no ve á quien tiene delante?

CAPUZZI. ¡Salvator Rosa! ¿Es posible?
¿Vos en Roma?

SALV. Hace muy poco.

CAPUZZI. ¿Erais vos el que cantaba?
(Respiro.) Pues yo tomaba
vuestra voz por la de un loco...
un muchacho pintamonas
que ha tomado la rutina
de buscar á mi sobrina
por modelo de Madonas.

SALV. ¡Como es tan raro un modelo!

CAPUZZI. ¡Pues! Y le parece bien
mi pupila; ¿vos tambien
apoyais á aquel mochuelo?

SALV. ¡Picaron!

CAPUZZI. Un tarambana
que viene todos los dias
con señas y monerías
debajo de la ventana.

SALV. ¡Qué audacia! Será inesperto...
¿Y á vos con baladas viene?

CAPUZZI. Un pobreton que no tiene
sobre qué caerse muerto.
SALV. Si ella le dió autoridad...
CAPUZZI. ¿Mi sobrina?... ¡Para nada!
Como que está enamorada
de un muchacho... de mi edad.
¡Por eso la he prohibido
que se asome á los balcones;
y como hay tantos bribones!...
La chica es un gran partido.
Mas ya que venis á punto,
tan bella ocasion no pierdo...
¿Sabeis de lo que me acuerdo
á propósito de asunto?
SALV. Decid.
CAPUZZI. De la coleccion
de vuestros cuadros, porque
me gusta mucho.
SALV. ¿Sí, eh?
CAPUZZI. Se ve allí la inspiracion...
En fin, vuestra galería
vale... vale, francamente.
Yo soy muy inteligente
en lienzos.
SALV. Ya lo sabia.
CAPUZZI. Son muy bonitos.
SALV. Lo creo.
CAPUZZI. ¿Y en cuánto son estimados?
SALV. Mil ducados...
CAPUZZI. ¡Mil ducados!
El precio es feo, muy feo.
SALV. Si mil os parecen poco,
dos mil.
CAPUZZI. ¡Sopla!
SALV. ¿Precio fijo?
Tres mil.
CAPUZZI. ¡Diablo!
SALV. Ahora exijo
cuatro mil.
CAPUZZI. (Se ha vuelto loco.)
Creo que están bien pagados,
y en los mil accederia.

SALV. Os cedo mi galería.
CAPUZZI. ¡Bravo!
SALV. Por seis mil ducados.
CAPUZZI. ¡Arre, demonio! — Barrunto
que habeis hecho gran fortuna
en vuestro viaje.
SALV. Sí... alguna:
pero hablemos de otro asunto.
CAPUZZI. ¡Qué cabeza de chorlito!
SALV. Volviendo al pobre doncel,
yo me intereso por él.
CAPUZZI. ¡Cáspita! (¡Pobre angelito!)
Nunca despreció la dama
sus amorosas porfías;
pero dentro de tres dias
dará la mano á quien ama.
Es obediente á su tio...
y así, decid al mancebo
que no se canse de nuevo...
y adios. (Entra en su casa.)

ESCENA IX.

SALVATOR, ANTONIO.

ANT. ¡Vámonos al rio!
SALV. Hombre, otro dia será.
ANT. «Dentro de tres dias,» dijo.
SALV. Con dos tenemos de sobra
para estorbar su designio.
Ea, no perdamos tiempo,
discurramos un arbitrio
para impedir esa boda.
NIC. (Dentro de la barraca.)
Ambrosio, lo que te digo.
AMBR. Es inútil.
SALV. (Reparando en los Saltimbanquis.)
(¡Ah! ¡Qué idea!...
Los Saltimbanquis... ¡divino!)
Antonio, ¿tú estás seguro,

dí la verdad, del cariño
de la bella?

ANT. ¡Qué pregunta!
¡Si la adoro con delirio!

SALV. Si no es eso, atolondrado.
Ines, ¿qué te ha prometido,
qué te ha jurado?

ANT. Mostróse
indiferente al principio,
pues su corazon gemia
en otro pecho cautivo.
Mas como, en fin, mi orfandad
era en su estima gran título,
pues, como yo, de sus padres
llora Ines el bien perdido...

SALV. ¡Acaba!

ANT. De dia en dia
más vehemente, si más tímido,
creció mi amor con el trato,
y al fin vencí sus desvíos.

SALV. ¡Pronto rescató la bella
su corazon!

ANT. Fué artificio
para probar mi firmeza,
lo del corazon cautivo.

SALV. ¡Discreta es la doña Ines!

ANT. ¡Oh! La vida es un suplicio
sin ella. ¡Nada me resta
ya en el mundo!

SALV. ¡Vive Cristo!
¿Yo para tí, no soy nada?
¡Ingrato! ¿No soy tu amigo?
Alienta, ¡voto á Luzbel!
¡Qué prueba! ¡Qué sacrificio
no hiciera yo por tu dicha!

ANT. ¡Oh! Sí, ciego en tí confio.

(Se abrazan.)

ESCENA X.

DICHOS, NICOLAS y AMBROSIO.

NIC. Ambrosio, toma el tambor. (Dándoselo.)
AMBR. Nicolas, lo dicho dicho.
NIC. ¡Mira que me tienes lleno!
AMBR. Y tú me tienes vacío.
NIC. Cumple con tu obligacion.
SALV. ¡Eh! Venid acá.
AMBR. Venimos.
SALV. (Aparte á los Saltimbanquis.)
(Hay una hermosa cautiva
en ese balcon vecino:
quiero rescatarla.)
AMBR. (Idem.) (¿Un rapto?
Si no es más que eso, ahora mismo...)
SALV. ¡Eh!... Poco á poco. Tú, toma
ese tambor, vamos listo.
Tú, la trompeta; corred
á anunciar á voz en grito
que da una funcion Coviello.
NIC. ¿Coviello? ¿Estás en tu juicio?
SALV. Decís que ha resucitado,
y tendrá doble atractivo
el espectáculo.
AMBR. Pero
conocerán que mentimos.
SALV. ¿Qué quereis mejor: mentir
ó cenar?
AMBR. ¡Grandes y chicos!...
(Tocando el tambor y gritando. Nicolas vase detras de él tocando la trompeta.)
SALV. ¡Animo, Antonio! (Entra en la barraca.)

ESCENA XI.

ANTONIO, solo.

ANT. ¿Qué intentas
hacer? Algun desatino.
(Se oyen léjos el tambor y la trompeta de los Saltimbanquis. Antonio baja al proscenio.)
Hélos allí pregonando
el exótico prodigio
por el Corso; les rodea
la multitud... el gentío
se aumenta á cada momento...
(Se oye el ritornello del coro siguiente: la escena se va llenando poco á poco de gente que acude por todos lados: grande animacion.)
Evitemos el bullicio. (Se retira al fondo.)

ESCENA XII.

ANTONIO, SALVATOR, AMBROSIO, NICOLAS, PUEBLO, JUGLARES: despues LORENZA y CAPUZZI.

MÚSICA.

PUEBLO. Hay nueva fábula:
¿qué novedad
el espectáculo
presentará?
MUJERES. Vive Coviello;
dícenlo así.
Mucho nos vamos
á divertir.
SALT. (Saliendo.)
Romanas hechiceras,
venid, venid.
Romanos generosos,
llegad, llegad.

Al célebre Coviello
vereis aquí
las flores de su ingenio
lucir sin par.

AMBR. (Despues de un redoble.)
¿Sabeis qué dice mi tambor?

TODOS. No.

AMBR. Que se suspende hoy la funcion.

CORO. ¡Cállese el zángano!

AMBR. ¡Perdonad!
Hé aquí la notabilidad.

(Descorre la cortina de la barraca, y aparece Salvator haciendo cortesías, vestido de mago y enmascarado.)

CORO. ¡Bravo! ¡Bravísimo!

AMBR. ¡Corro y chiton!

CORO. Va á ser magnífica
hoy la funcion.

(El concurso murmura formando círculo á los lados del teatrito: en tanto Capuzzi sale con Lorenza cubierto el rostro con un velo. Capuzzi ha cerrado la puerta de su casa guardándose la llave. Música de Juglares.)

LOR. ¡Cruel tiranía!

CAPUZZI. Ya estás en la calle.
¿No puedes la música oir al balcon?

LOR. ¡Señor!...

CAPUZZI. No me agrada que luzcas el talle.

LOR. ¡Por Dios, caro tio!

CAPUZZI. ¡Sobrina!... ¡Chiton!

(Durante el cantable de ámbos, y miéntras Nicolas va colocando á la concurrencia, Salvator habla aparte con Ambrosio señalando á Lorenza y Capuzzi. Despues Ambrosio habla con los Saltimbanquis haciendo la misma indicacion.)

AMBR. (Acabando de colocar á todos.)
¡Eccolo qua!

—

SALV. Sí, noble concurrencia;
yo ví la eternidad,
y he vuelto con licencia
del pobre Satanas.

CORO. ¡Ja, ja!

SALV. Estuve en el Averno
y con Luzbel reñí;

le queda sólo un cuerno...
mirad el otro aquí.
(Muestra uno dorado, de carnero.)

CORO. ¡Ja! ¡ja!
SALV. Oid.
El que mi cuerno
llegue á tocar,
tiene la gracia
de adivinar.
CAPUZZI. Eso es mentira.
SALV. ¿Quién dijo tal?
CORO. Tiene la gracia
de adivinar.
CAPUZZI. Pues que adivine
el parlanchin.
SALV. Voy á leeros
el porvenir.
CORO. ¡Bravo!
AMBR. ¡Silencio!
SALV. Oid, Oid.

—

Hay en Roma un hacendado
que es viejo avaro y gruñon,
(Dirigiéndose á Capuzzi.)
y pasa por hombre honrado
siendo un solemne bribon.
Una tímida gacela,
una niña angelical
gime bajo la tutela
de tan raro carcamal.
CAPUZZI. ¿Habla por mí?
AMBR. ¡Calle el vejete! (Con voz de falsete.)
CORO. No interrumpir.
SALV. Un tierno amante vigila
los pasos del viejo huron.
Será suya la pupila
á despecho del tutor.
Y el tutor, es un vecino
que entre vosotros está,
y se nombra... *Capuchino.*

CAPUZZI. ¡Capuchino!
CORO. ¡Ja, ja, ja!

—

CAPUZZI. ¡Bribon! A un hombre honrado
osaste calumniar.
AMBR. ¡Que calle el acusado! (Falsete.)
LOR. ¡Gran Dios!...

(Se sienta á la puerta de la hostería.)

CAPUZZI. Le he de matar.

(Se arroja sobre él con el baston levantado: el coro se agolpa á la puerta de la barraca, cuyas cortinas se corren é impiden ver la lucha.)

—

CORO. ¡Qué valentía,
qué desenfado!
En el tablado
se encaramó.
Por una chanza
¡quién lo diria!
se nos agría
la diversion.

—

AMBR. (A Nicolas.)
¡La dama desmayada!
Es calva la ocasion.

(Nicolas y Saltimbanquis se llevan á Lorenza.)

CAPUZZI. (Volviendo á escena muy sofocado.)
¡Histrion! ¡Desharapado!...
¿Qué es esto? ¿Y mi sobrina?
CORO. ¡Voló!
ANT. (Saliendo.)
¡Cielos! ¿Qué oí?
CAPUZZI. ¡Me la han robado!
CORO. El cuento se adivina.
CAPUZZI. ¡Ah, infame seductor!

(Reparando en Antonio.)

ANT. ¿Yo?
CAPUZZI. El que vigila
mis pasos. Dame al punto la pupila.
¡Prendedle!

(A los esbirros que salen atraidos por el alboroto.)

ANT. ¿A mí?

SALV. (Apareciendo de nuevo.)
¡Teneos, ó arde Roma!
¡Muchachos á salvarle! ¡Ande la broma!

(El concurso se divide: en la izquierda Salvator, Antonio y Juglares, armados de espadas, palos, balancines y otros objetos del ejercicio; en la derecha Capuzzi, Pueblo y Esbirros.)

—

ANT. ¡Tú, viejo infame!
Tú, de la bella,
de esta querella
dame razon.
¡Hombre villano!
¡Dime á qué precio
vendes hoy, necio,
su corazon!

SALV. y SALT. ¡Firme, muchachos,
en esas gentes!
¡Duro, valientes!
¡Sin compasion!
Pese al vejete,
sálvese Antonio:
pese al demonio,
tiene razon!

CAPUZZI. ¡Aunque el demonio
hoy le socorra,
á una mazmorra
vaya el bribon!

PUEBLO. ¡Qué picardía!
¡Muera el villano!
Tiene el anciano
mucha razon.

(Acometen los Esbirros, con Capuzzi al frente, á Salvator y Saltimbanquis. Cuadro animado. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Estudio de Salvator Rosa: todo el fondo presenta un rompimiento de dos arcos, sostenido en su centro por una columna espiral, y cubierto con grandes colgaduras que, descorridas en un momento dado, permitan ver un panorama nocturno representando torres, azoteas y tejados de la ciudad, destacándose el campanario de una iglesia vecina, todo bañado por la luz de la luna. Una balaustrada corrida por delante de las colgaduras: y en el proscenio dos puertas laterales que comunican con el interior de la casa. Una mesa y un sillon en la izquierda, cuadros, retrato de Salvator, maniquís, etc.

ESCENA PRIMERA.

LORENZA, AMBROSIO, EMBOZADOS y RELIGIOSAS.

(Lorenza aparece desmayada sobre el sillon; á su lado Ambrosio que la levantará el velo con mucho cuidado, siempre que lo indique el diálogo. Al levantar el telon se oye ruido de tumulto y gritería lejanos. Los Embozados aplican el oido agolpados en el foro, demostrando inquietud.)

MUSICA.

(Coro de Religiosas, dentro y á distancia.)

¡Gracias al cielo
demos sin fin!
Torna la calma,
cesa el motin...

AMBR. Ya de las madres
cesa el rumor...
¡Gracias al diablo!
Todo cesó. (Bajan al proscenio.)

—

EMBOZADOS. ¡Linda es la prójima!
Su rostro angélico
vemos estáticos
de admiracion.
AMBR. ¡Dúrala el síncope!
La cara tápola,
no se haga crítica
la situacion.
CORO. Necios escrúpulos;
el velo quítala.
AMBR. ¿Sin remision?
CORO. Sin remision.

—

¡Hermosa criatura! (A Ambrosio.)
Bien vale su captura
de vinos y manjares
opípara racion.
AMBR. Oid... (El coro le rodea.)
LOR. ¡Ay!
AMBR. ¡Chiton!
CORO. ¡Chiton!

—

AMBR. De aquí larguémonos
sin dilacion. (Alejándose pausadamente.)
CORO. Sí, que la prójima
vuelve del síncope,
no se haga crítica
la situacion.
LOR. ¡Ay!
AMBR. ¡Chiton!
CORO. ¡Chiton!

ESCENA II.

LORENZA, sola.

¡Ah! ¿Por mí
qué pasó?
Nadie aquí...
¿dónde estoy?
Esos retratos...
Esta mansion...
¿Sueño? ¿Deliro?... (Fijándose en un cuadro.)
¡Es Salvator!
—Sí, su mirar de fuego,
su altiva faz...
¡Oh Dios mio, si fuera
mi sueño realidad!

—

Halagaba grato ensueño
mi ardorosa fantasía,
y un horizonte risueño
seductora me ofrecia.
Bello emblema de ventura
blanca luz era el cenit,
y aromática frescura
era el aura del jardin.
Y una lágrima perdida
sólo miro al despertar...
¡ay! que no fuera la vida
tan sólo amar. (Se sienta.)

ESCENA III.

LORENZA, en el proscenio: AMBROSIO y NICOLAS, en el foro.

HABLADO.

AMBR. Te digo que si no es loco
el insigne Salvator...
—Despues que á los pobrecitos

esbirros apaleó,
cuando en vergonzosa fuga
probaron nuestro valor,
me pregunta por su amigo;
darle no pude razon;
quise hablarle de otro asunto,
pero el hilo me cortó
la campana de San Pedro,
que tocaba á la oracion.
Al punto Salvator Rosa
descubrióse, y con fervor,
viéndole rezar, rezamos.
Despues los ojos clavó
en mí, cual pudiera hacerlo
indignado inquisidor;
luégo se le puso el rostro
desencajado, feroz;
y por último, me dijo,
mirándome con pavor:
—«¡Es una deuda sagrada!»
—«¡Es verdad!» le dije yo;
pero el maestro, aplicando
su zapato á mi calzon,
me hizo tales advertencias...
que á ser mi cuerpo tambor,
hago bailar de contento
á toda la poblacion.

LOR. ¡Dios mio! (Reparando en ellos y queriendo huir.)

AMBR. Tente, señora,
que somos gente de pro.

LOR. Tened compasion de mí;
¿qué me quereis? ¿Quiénes sois?

AMBR. ¿Nosotros?... Somos... nosotros,
que hemos tenido el honor
de robaros...

LOR. ¡Cielo santo!

AMBR. Esa no es mi profesion;
pero vos comprendereis
que la... pues... y las... y los...

LOR. ¡Robada! Sí, sí, robada:
¿y quién fué el aleve autor?...

AMBR. Un gran artista, y nosotros.

LOR. ¿Vosotros?
AMBR. Nosotros dos;
mas el consabido tiene
á su cargo la funcion.
LOR. ¡Dios mio! Entre saltimbanquis
metida...
AMBR. Gente de humor.
LOR. Caballero, en vos confio,
tened de mí compasion.
AMBR. ¡Anda, caballero y todo!
Señora, es el director
de la comparsa.
LOR. Decidme
por piedad, en dónde estoy.
AMBR. Aquí, en casa de un artista
de talento, como yo.
LOR. Un artista, será Antonio.
AMBR. El verdadero raptor
manda guardaros aquí;
no sabemos la intencion.
LOR. ¿Ha osado robarme, y osa?...
AMBR. Osa, sí señora, osó
y osa lo que nadie osára.
Por mí no temais: yo soy,
casi casi, un caballero.
LOR. Bien, dejadme, por favor,
volver á casa del tio.
¡Tened consideracion!
AMBR. Eso sí.
LOR. Pero deseo
salir al punto.
AMBR. Eso no.
Aquí estais asegurada;
en el templo, en la mansion
del genio de la pintura;
el ilustre Salvator
Rosa.
LOR. ¡Dios mio! (Se deja caer en el sillon.)
AMBR. ¡Dios suyo!
¿Os sentís mala?
LOR. No, no.

ESCENA IV.

DICHOS: SALVATOR, en el fondo, examina la escena de una ojeada.

SALV. (Tampoco Antonio está aquí:
si en su desesperacion
se arroja al Tíber... ¡Dios mio!
AMBR. ¡Buen pez está Salvator!
SALV. (Aparte á Ambrosio y dándole en el hombro.)
¡Ya lo sé, dejadme solo!
AMRR. ¿Es que estorbamos?
NICOL. ¡Chiton!

ESCENA V.

MÚSICA.

SALV. (Absorta medita.)
LOR. (¡Qué será de mí!)
SALV. (Será tan hermosa
cuanto es infeliz.)
LOR. (¡Cielos! ¡él!) (Se cubre el rostro.)
SALV. ¡Señora!
LOR. (¡Con él sola, aquí!)
SALV. ¿El rostro me velas,
bello serafin!

—

Flor nacarada peregrina,
luce tu gala primaveral;
ya tu corola purpurina,
no tema el soplo del huracan.
Depon, niña hechicera,
vago temor;
aquí sólo te espera
dicha y amor.
LOR. Diga si es, caballero,
digno de mí,

el que osado y artero
me trajo aquí.

—

¿Salvator? (Descubriéndose.)

SALV. ¡Dios santo!
¿Es sueño febril?

LOR. ¡Salvator!

SALV. ¡Es ella!
¡Lorenza! (¡Ay de mí!)

LOR. ¿Al verme, sorpresa
y angustia fingis?...

SALV. (¡Me ama! Y Antonio
confia... ¡Infeliz!)
Quizá un alma llora
tu olvido cruel!...

LOR. Mi pecho atesora
su amor puro y fiel.

—

SALV. ¡Sí! Por tí pena el amante
que tu talle vió gentil;
sí, por tí sueña laureles,
y vive y muere por tí.

LOR. Sí, por mí pena el amante
que mi talle vió gentil;
sí, por mí sueña laureles,
que viva y muera por mí.

HABLADO.

SALV. ¡Todo lo sé!

LOR. De mi olvido
culpad á vuestro desden,
que el amor que era mi eden
ya le lloraba perdido.
Por cierta vuestra mudanza
ausente al veros tenia,
y el tiempo veloz huia
robándome la esperanza.
Un jóven, triste cual yo,

mostróme tierno interes;
primero ingrata, despues
agradecida me vió.
Y delirante á la par
locas ternuras oyendo,
yo iba creyendo... creyendo
que no te puedo olvidar.

SALV. ¡Lorenza! Esa confesion
que tu lealtad me asegura,
un bálsamo de ternura
derrama en mi corazon;
y alma, vida y albedrío
tu pasion encantadora
me embarga.

LOR. En mi pecho mora
para tí, Salvator mio.

SALV. Sí, sí, mi amor puro y tierno
realidad tus ilusiones
hará, nuestros corazones
unidos en lazo eterno.

LOR. ¡Gracias, mi bien! Ahora empieza
mi dicha; cruel mi honor
te acusó de vil raptor.
¡Dudaba de tu nobleza!

SALV. ¡Raptor!.. Por él... (¡Ay de mí!)

LOR. ¿El?.. ¿Qué murmuras, bien mio?
¿Por qué tu rostro, sombrío
se torna? ¿Qué sientes, dí?

SALV. ¡Ilusa esperanza mia!
En mi paternal desvelo,
su esperanza, su consuelo
el desventurado fia!

LOR. ¡Salvator!

SALV. ¡Cuando traidor
un desengaño envenene
su alma bella, él, que no tiene
más padre que Salvator;
él, tan noble y tan leal,
creerá que en torpe cinismo
sacrifiqué á mi egoismo
su dicha, su amor filial! (Breve pausa.)
—Lorenza, mi triste amigo

en fuego de amor se abrasa,
y yo te traje á esta casa
para enlazarle contigo.

LOR. ¡Tú!

SALV. Huérfano desdichado
que yo amparé en tierna edad,
era su felicidad
para mí deber sagrado.
Sólo intentar su ventura
mi remordimiento calma...
—¡Sí!.. Cuando llenan mi alma (Agitado.)
tus acentos de ternura,
un recuerdo que estremece
súbito mi mente acosa,
y en lucha ¡lucha horrorosa!
mi corazon desfallece.
Soy un amigo que infiel
le arrebata su tesoro...
porque... en fin... yo... sí, te adoro...
pero... sé feliz con él!..
—Y aunque rendido me veas (Esforzándose á reir.)
que á tus piés amor invoco,
¡no me creas!.. Soy un loco...
¡Ja, ja, ja!.. ¡No... no me creas!
(Se deja caer sobre el sillon.)

LOR. ¿Qué es lo que pasa por mí?
Esa risa me da espanto.

SALV. ¡Amale... yo... le amo tanto...
casi tanto como á ti!
¡Calma su tierna querella,
templa su justo furor!
Yo... bendigo vuestro amor,
aunque maldiga mi estrella!

LOR. No sé qué hay en tus palabras
de misterioso y extraño
que me revelan tu daño
cuando mi amargura labras.
¿Por qué mi pecho leal
quieres de nuevo afligir?

SALV. ¿Quieres verme combatir? (Se levanta muy agitado.)
¿Quieres que mate á un rival?
¿Quieres que de mi enemigo

la sombra pálida y fiera
me persiga por do quiera
demandando mi castigo?
¡No!.. ¡Lanza de tu memoria
los desvaríos de un triste!
¡Tú para el amor naciste;
yo nací... para la gloria!

LOR. ¡Ah traidor!

SALV. Tu afan modera,
y juzga mi afan tirano.
Ese rival, de mi mano
la felicidad espera.
Mis beneficios procura
pagar con afecto de hijo,
y hoy creyera que le exijo
en cobro su desventura.
Mi razon no atenderia
en su celosa demencia.
Maldijera su existencia,
y tu existencia y la mia.
¡Y si celos no perdonan
á un rival favorecido,
traiciones de un sér querido
son heridas que se enconan!

LOR. ¡Basta! Recordaros quiero
que estoy en vuestra presencia
por un acto de violencia
indigno de un caballero.
Tened mi lealtad en poco
en vuestro orgullo tirano,
mas no es el premio, mi mano,
de los afanes de un loco.
A mi tutor me llevad,
que su hostil y airado ceño
haráme grato y risueño
vuestra ruïn falsedad.
¡Recuerdo ingrato de vos,
de hoy más, tendrá mi decoro!

SALV. ¡No, mi bien! Enjuga el lloro.
¡Yo te amo!!

(Se arroja á sus piés y la besa la mano; á tiempo que aparece Antonio y lo ve.)

LOR. y SALV. ¡Cielos! (Lorenza huye por la izquierda.)
ANT. ¡Gran Dios!!

ESCENA VI.

ANTONIO, SALVATOR.

MÚSICA.

ANT. Dí que deliro, dime
que sueño lo que ví.
SALV. Tu cólera reprime
y escúchame.
ANT. ¡Ay de tí!
SALV. Dijiste que tu amada
el corazon te dió.
ANT. Llevo en el cinto espada,
y así contesto yo.
SALV. De tu furor insano
la víctima seré.
ANT. ¡Defiéndete, villano!
SALV. ¡Jamas!
ANT. ¡Te mataré!

—

Torpe mentia
tu villanía
vencer obstáculos
á mi pasion.
Mas hoy burlada
con esta espada
será tu pérfida
vil intencion.
SALV. Tú me decias
que merecias
de niña angélica
tierna atencion.
Y es su ternura
de tu locura
una quimérica
vana ilusion.

—

No esperes que mi espada
contigo cruce yo.

ANT. ¿No?

SALV. ¡No!

—

ANT. Aquella ternura
que esperas de mí,
tornóse en bravura
y en odio hácia tí.

SALV. Aquella ternura
que yo te debí,
tornóse en locura
y en odio hacia mí.

ANT. ¡Sí!
Sólo hay en mi alma
furor para tí.

SALV. ¡Sí!
Sólo hay en mi alma
amor para tí.

(Momento de pausa: Antonio descorre las cortinas del fondo, y bajando al proscenio dice con indignacion mal reprimida:)

HABLADO.

ANT. ¿Ves? La noche es oportuna:
hay aceros, blanca luna,
corazon, destreza, brio;
y tumba la ofrece el rio
á quien le falte fortuna:
y el más feliz triunfará.
—¡Mira; pronto esa campana
las ánimas tocará
por mi padre!

SALV. ¡Oh!

ANT. Yo quizá
no la escucharé mañana.

SALV. ¡No! Calla por compasion,
Antonio; la impía suerte...

ANT. ¡Infame! Tras la traicion
tu mísera humillacion
es tu sentencia de muerte.

SALV. (¡Su mismo tono altanero!...
Su talante osado y fiero!...)

ANT. ¡Quizá mi perdon implores,
en cambio de tus favores
y tu cariño sincero!
Quizá mi coraje miras
como el enojo de un niño;
y el desprecio que me inspiras,
es del hombre á quien dan iras
tus protestas de cariño.
—¡A esa niña infortunada
de tu valor amparada,
dale claro testimonio
de tu bondad extremada,
de la ingratitud de Antonio!
Dí que en tí un padre tenia
desde su temprana edad.
Dí: «Yo un hijo en él veia,
y aun á costa de la mia
juré su felicidad».
Dí que insensato doncel
pondrá término á su vida;
que no lidiarás con él.
Dí que le halagó cruel
la que traidora le olvida.
Y si á tu afan no atendiera
y el mio á premiar se atreve,
dí el porvenir que le espera:
dile que Antonio te debe
su educacion, su carrera.
Mas para hacer digno alarde
de aquel afecto profundo
que yo he comprendido tarde,
¡pruébale que hay en el mundo
un traidor que no es cobarde! (Vase.)

ESCENA VIII.

SALVATOR, CAPUZZI.

SALV. ¡Antonio!...—¡Desventurado!
¡Plugo á mi sino maldito
que amparase á un desdichado
para tener á mi lado
la sombra de mi delito!
(Rumor de tumulto lejano con vivas á Salvator.)
CAPUZZI. ¿Salvator? (Sale apresurado.)
SALV. ¡Quién!
CAPUZZI. Al asunto.
SALV. Señor Capuzzi...
CAPUZZI. He venido
á prenderos decidido,
pero vamos á otro punto;
poned atento el oido.
Decid dónde está la dama;
sé que mi pupila os ama
desde que os vió en el convento;
ved que padece su fama;
yo desisto de mi intento,
y aceptaré sin reparo
que vos la mano le deis...
Oid bien, amigo caro:
yo tengo indicio muy claro
de lo mucho que valeis. (Rumor más cerca.)
Comienza á ser conocido
vuestro pincel sin segundo;
mas aun está oscurecido,
porque el dinero, querido,
es la gran brocha del mundo.
SALV. Acabemos.
CAPUZZI. (¡Si supiera
el triunfo que le preparan!)
Si estos lienzos que os deparan
tantos laureles... siquiera
en mi poder se encontraran...
SALV. ¡Ya!
CAPUZZI. Pues bien, en conclusion,

pongo mi bella pupila
á vuestra disposicion;
vos me dais la coleccion...

SALV. (¡Antonio!...)

CAPUZZI. (¡Diantre! Vacila.)

(Breve pausa.)

SALV. ¿Y consentis sin reparo
en aceptar el esposo
que yo la diera?

CAPUZZI. Está claro:
con el dote.

SALV. (¡Dios piadoso!...)
Acepto. (Vivas más cerca.)

CAPUZZI. ¡Entró por el aro!

ESCENA IX.

CAPUZZI: despues LORENZA.

CAPUZZI. ¡Magnífico! Lo clavé;
lo caso con mi sobrina.
¡Gran negocio! ¡Y Salvator
nada sabe todavía!...
¿Cuánto valdrán estos lienzos
mañana, que hoy le conquistan
un gran empleo y un título!
Son dote de la pupila:
pero al ajustar las cuentas
les leeré mi cartilla.

LOR. Esta cruel inquietud...
¡Cielos, mi tio!...

CAPUZZI. ¡Hola, niña!
¿Estás aquí, picaruela?

LOR. ¡Perdonad!...

CAPUZZI. ¿Esta es la tímida,
la educada en un convento?
¿Y eras tú la prometida
de un familiar de la Santa?
¡Hipócrita! ¡De rodillas
se pide perdon al tio!

LOR. ¡Piedad!

CAPUZZI. (Llora...) ¡No, hija mia!

¡Ven á mis brazos! (Me teme,
¡cuando soy la bondad misma!)
Oye, tonta: sabes cuánto
me desvelo por tu dicha.

LOR. (¡Qué cariñoso! ¡Yo tiemblo!)

CAPUZZI. ¿No te he dicho todavía
mi eleccion?

(Vivas á Salvator, y rumor en la plaza: preludio por la orquesta ó dentro.)

LOR. (¡Santa Madona!)

CAPUZZI. ¡Vaya! No estés intranquila,
que todo se arreglará.

ESCENA X.

DICHOS, SALVATOR, y AMBROSIO que sale apresuradamente.

AMBR. ¡Albricias, maestro, albricias!

SALV. ¿Qué ha ocurrido?

CAPUZZI. ¡El arlequin!

AMBR. (Tirando el gorro al alto)
¡Salvator! Llegó el gran dia.
Las obras de tu pincel
con entusiasmo se admiran,
y el Santo Papa te nombra
desde hoy pintor de capilla.

LOR. y SALV. ¡Cielos!

CAPUZZI. ¡Vengan mil abrazos!
(Salió lo que yo decia.)

AMBR. ¡Oye el rumor de la gente!
Una hermosa comitiva
te trae la Rosa de oro
que á tu mérito adjudican.
¡Los grandes maestros, y
otra comision de artistas,
con el laurel del divino
Rafael hoy te convidan!
¡Si has luchado largo tiempo
contra la suerte y la envidia,
pues... he dicho! (Vase.)

CAPUZZI. ¡Media Roma

al estudio se encamina!...
¡Sobrinos, tengo una idea!...
Perdonad, vuelvo en seguida. (Vase.)

ESCENA XI.

SALVATOR, CABALLEROS, PAJES y Pueblo de ámbos sexos.

(Los Pajes, en dos bandejas cubiertas con pañete de oro y grana, blasonado con las insignias pontificales, traen la «Rosa de oro» y la corona de laurel, que á su tiempo ofrecen los Caballeros. El pueblo se queda en el fondo.)

MÚSICA.

CORO. ¡Gloria, gloria al pintor eminente
que constante ha sabido luchar;
y su triunfo la fama comente,
que la gloria de Italia será!

SALV. (A los dos Ancianos.)
Id, señores: mi fe reverente
al Pontífice Sumo llevad,
que al artista á quien honra clemente
muy en breve á sus plantas verá.

CORO. ¡Gloria, gloria al pintor eminente, etc.

(Durante esta escena entregan á Salvator las bandejas, y se retiran los Ancianos y los Pajes.)

ESCENA XII.

DICHOS, CAPUZZI, LORENZA.

CAPUZZI. Pues tan brillante (Entrando.)
noble concurso
hoy es partícipe
de nuestro júbilo,
sea testigo
de otra ovacion.
Esta es la cónyuge
de Salvator.

CORO. ¡Bravo, magnífico!
LOR. ¡Mi bien!
SALV. ¡Mi amor!...

—

CAPUZZI. La ceremonia
ya prevenida
está esperándonos
en la Basílica.

ESCENA XIII.

DICHOS, ANTONIO.

(El concurso se replega á los dos lados para dar paso á los novios. Salvator toma la mano de Lorenza, y se dirige al fondo, á tiempo que Antonio aparece en la puerta.)

ANT. ¡Detenos!
LOR. ¡Cielos!
SALV. ¡El!
CAP. y CORO. ¡Insolente!
ANT. ¡Atras, Atras! (Sacando la espada.)
El que pase del dintel
mi cádaver ha de hollar.

—

CORO. El doncel
es audaz.
ANT. Atended,
escuchad.

—

Esa ingrata me vendia,
y ese amigo me era infiel:
pagarán ¡por vida mia!
su villano proceder.
—Tu palabra está empeñada,
ven al campo del honor,
que en la punta de mi espada
quiero ver tu corazon.

—

SALV. Desdichada fué la hora
que mi afecto puse en tí,

si perdido mi alma llora
tu cariño para mí!

ANT. Ya maldigo aquella hora
que tu amparo merecí;
tu clemencia engañadora
es funesta para tí.

LOR. Loca anduve aquella hora
que á un demente conocí,
y mi paz altera ahora
en su ciego frenesí.

CAP. y CORO. Ese necio viene ahora
el contento á destruir.

—

SALV. ¡Antonio!

ANT. Ven
fuera de aquí.

SALV. Oyeme...

ANT. ¡No!
¡Eres un vil!

SALV. (¡Pues bien, no más! (Aparte á Antonio.)
¿Quieres morir?
¡Lo alcanzarás!)
Marchemos... (Al Coro.)

TODOS. ¡Sí!

(Salvator toma de la mano á Lorenza, y se dirigen al foro. Al llegar á la puerta, cuando apénas el concurso se pone en movimiento, suena dentro EL TOQUE DE ÁNIMAS, que se oirá muy pausadamente de tres en tres campanadas. Todos se descubren. Salvator deja escapar un grito, como dominado por un temor supersticioso. Antonio, retirado á un extremo del teatro, yace sumido en el mayor abatimiento.)

—

SALV. ¡Oh!...

—

CORO. Esta es la hora
de la oracion
por los que fueron
y ya no son.

SALV. (¡Esta es la hora!...
Diez años ha
que por mi culpa
huérfano está.) (Delirando.)

SALV. ¡Ah!
CORO. ¿Qué le ha dado?
SALV. ¡El! ¡El!
CORO. ¡Ja, ja!
CAPUZZI. ¿Quizá delira?
CORO. (¡Quizá, quizá!)

—

SALV. ¡Veo el espectro
de mi enemigo
que se levanta
por mi castigo!
Hiela mi sangre,
torva su faz...
¡huye al averno,
sombra tenaz!
ANT. ¡Quién de mi pena
se apiadará!
LOR., CAP. y CORO. Fiero le agita (Mirando á Salvator.)
súbito afan.
¿Cuál es tu duelo?
SALV. ¡¡Atras!!
TODOS. ¡Atras!

(Todos retroceden dejando el paso franco á Salvator, que huye desatentado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La via de la Ripetta en la márgen del Tíber. En lontananza la campaña de Roma. En primer término, á la izquierda, una hostería con mesa y bancos en la puerta: en la derecha la entrada y exterior de una granja, sobre cuya puerta se ve un nicho con la imágen de la Vírgen alumbrada por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

Aldeanos y **Aldeanas** del Transtevere, bailando; otros bebiendo á la puerta de la hostería.

MÚSICA.

Coro.

Dia de alegría,
dia de placer.
¡Ah de la hostería!
Dennos de beber.
Suenen los panderos;
suene el mandolin,
y ya pueden las bellas
su garbo lucir.
Niña encantadora,
baila sin mírar,
que los zagalones
pierden el compas.
¡Cuenta, guapo mozo,
con el corazon,

que hay ojillos lindos
que matan de amor!

TODOS. Suenen los panderos,
suene el mandolin,
y ya pueden las bellas
su garbo lucir.

ESCENA II.

DICHOS, LORENZA y CAPUZZI.

CAPUZZI. ¡Salud! Buenas gentes.
LOR. Salud y ventura.
HOMBS. ¡Salud á la bella sin par criatura!
MUJS. ¡Salud á la prenda de un genio pintor!
CAPUZZI. Salud á la esposa del gran Salvator.
(Irritado y dando una fuerte pisada.)
MUJS. (¡Puede ser que sí!)
HOMBS. (¡Puede ser que no!)

—

CAPUZZI. Hoy será su cónyuge,
todo se arregló;
sólo fue una ráfaga
lo que ayer pasó.

—

MUJS. (¡Puede ser que sí!)
HOMBS. (¡Puede ser que no!)

—

CAPUZZI. Cuando el premio artístico
le mandó el Pontífice,
cuando el otro zángano
necio le insultó,
la emocion un vértigo
súbito prodújole,
y mi plan magnífico
se desbarató.

—

Y el momento plácido
hoy es de la rúbrica,
pues el sacro vínculo
presto concerté.
Todo tiene término
en el dulce tálamo;
y á mi niña angélica
hoy feliz veré.

—

MUJS. Eso, yo no sé...
HOMBS. Eso, yo no sé...

—

TODOS. Cuando el otro prójimo
le desafío,
díganos, ¿qué picara
mosca le picó?
CAPUZZI. Pues... entre paréntesis, (En tono confidencial.)
tengo para mí,
que produjo el vértigo
un poco de aquí. (Accion de beber.)

—

MUJS. ¡Puede ser que no!
HOMBS. Puede ser que sí.

—

MUJS. Tomad estas flores, (Ofreciéndoselas.)
emblema de amores...
LOR. Brindad á que el cielo (Dándoles un bolsillo.)
bendiga mi amor.

—

CORO. ¡Gracias mil á tan bella señora!
¡Gracias mil á tan noble señor!
LOR. y CAP. Bueno, basta, marchaos ahora;
idos, idos benditos de Dios.

ESCENA III.

LORENZA y CAPUZZI.

HABLADO.

CAPUZZI. Andad, malditos; ya tienen
para correrla... ¡bellacos!
Vamos adentro, sobrina;
esperan los convidados
y no tardará el futuro.

LOR. Perdonad, siempre que paso
por delante de esa imágen...

CAPUZZI. ¿La rezas? Muy bien, lo aplaudo.
Yo hago falta en el salon;
no tardes, que te esperamos. (Entra en la granja.)

ESCENA IV.

LORENZA.

Se acerca el soñado instante
ambicion de mi deseo.
¿Por qué á mis piés no le veo
tierno y solícito amante?
¿Por qué fiero y delirante
huyó de mi Salvator?
¿Fué su delirio de amor,
de celos, ó de pavura?
¿Quiere labrar mi ventura
á costa de mi dolor?
¿Qué vago presentimiento
mi flaco espíritu asalta?
¿Por qué la mente me falta
para pensar lo que siento?
¡En torno mio el contento
de nuevo miro nacer;

todo cuanto alcanzo á ver
respira felicidad...
y hoy, no ven la realidad
mis ilusiones de ayer!

MÚSICA.

¡Reina inmortal del cielo,
tiende tu real mirada:
un alma enamorada
demanda tu consuelo;
la huérfana afligida
implora tu favor;
calma del pecho amante
la duda y el temor!

ESCENA V.

LORENZA, ANTONIO.

HABLADO.

ANT. (Dirigiéndose á la granja.)
¡En vano busca al rival
mi vengativo deseo!
¿Huirá cobarde? ¡Qué veo!
(Reparando en Lorenza que quiere huir.)
LOR. ¡Ah!
ANT. ¡Detente, desleal!
(Contemplándola.)
Quisieran lanzar enojos
los ojos de quien te mira,
y quieren ahogar la ira
las lágrimas de los ojos.
Te vieron la vez primera
tan tímida y seductora...

¿por qué te miran ahora
tan seductora y tan fiera?
¿Por qué dulzuras de amor
tierna escuchabas de un hombre
y le ocultabas tu nombre
para engañarle mejor?

LOR. Si engaño discreto es
volver el saludo á un hombre,
que ignorando hasta mi nombre
me nombrara doña Ines;
si á vuestro amante deseo
debí más de una sonrisa
viéndoos á mi lado en misa
y en pos de mí en el paseo;
si al veros en orfandad,
como yo, fué mi esperanza
ganar vuestra confianza,
merecer vuestra amistad;
y en vez de amistad preciada
en vuestra alma amor se anida;
aunque muy agradecida,
ved que no estoy obligada.

ANT. Entónces, ¿por qué, traidora,
amor tus ojos mentian?

LOR. Porque perjuro creian
á quien rendido me adora.

ANT. Aunque os amase él primero,
no blasoneis de leal...
¡Merece ser mi rival
un loco, un aventurero!

LOR. Olvida vuestra locura
una deuda de cariño.

ANT. La deuda que tuvo el niño
paga el hombre con usura.
—En fin, yo os amo, señora;
vos aumentais mi despecho,
y ya no cabe en el pecho
el fuego que le devora.
Si plugo á la suerte impía
que muera á manos de ese hombre...

LOR. ¡Cielos!

ANT. ¡Será vuestro nombre

el adios de mi agonía!

LOR. De un amor con tal delirio,
ved que mi honor no se ofenda.
Evitad esa contienda.

ANT. Evitad vos mi martirio.

LOR. Yo, no...

ANT. (Con fiereza.) Pues bien: el combate
me aguarda.

LOR. ¡Dios!

ANT. ¿Qué os altera? (Con amargura.)
¡Si vuestra dicha es que muera,
yo dejaré que él me mate!

LOR. (¡Horror! La duda me acosa...
y si este duelo no impido...
Nunca le ví tan rendido.) (Mirándole furtivamente.)

ANT. ¡Nunca la ví tan hermosa!

ESCENA VI.

ANTONIO.

MÚSICA.

De mi camino
fúlgido sol,
aun su crepúsculo
presta calor.
¡Brilló un instante!
¿Por qué brilló,
si para siempre
se oscureció!

—

¡Huye de la mente mia,
ilusion encantadora:
veo pálida y sombría
de mi amor la bella aurora!
¡Busca en vano la venganza
mi corazon;

es mi única esperanza
morir de amor!

—

¡Hiere mi alma su desvío,
y la adoro con locura!
Me depara el hado impío
una vida de amargura.
¡Busca en vano la venganza
mi corazon;
es mi única esperanza
morír de amor!

ESCENA VII.

ANTONIO, SALVATOR.

HABLADO.

ANT. Y morir por una ingrata
que á mi rival lloraria...
torpe flaqueza seria
mi abnegacion insensata.
¡Nunca! ¿Morir ó matar
me manda el destino? ¡Sí!
(Se dirige al foro resueltamente.)
SALV. ¡Antonio! (Llamándole.)
ANT. ¡Tú!... — No es aquí
donde tenemos que hablar.
SALV. ¡Sí!.. ¡Pronuncia mi sentencia!
(Queriendo detenerle.)
ANT. Nada queda entre los dos.
SALV. ¡La venganza!
ANT. ¡Plegue á Dios
que me vengue tu conciencia!
(Vase precipitadamente.)

ESCENA VIII.

SALVATOR.

De un espectro vengador
sombra ciega y palpitante...
Si tu cólera arrogante
probó un dia mi valor,
yo he sido tu vencedor,
mas nunca el vil homicida.
¿Por qué ruïn y afligida
en mi camino he de verte?
Acaba, dame la muerte,
pues yo te quité la vida.
Si en aquella noche oscura
tu corazon traspasé,
más que de mi enojo, fué
víctima de tu locura.
No lidiaste con ventura;
fué tu destino morir...
¿y en diez años de sufrir
no te dí plena venganza,
que aun me pides mi esperanza,
mi gloria, mi porvenir?
—Cobarde un hombre me dijo;
mi furor le quitó un padre;
y aunque mi pecho taladre
no puedo matar al hijo!
—¡Cese tu rencor prolijo;
cesa ya, sombra cruel!
Hay un juramento fiel
que tu venganza asegura.
—¡Ay, me roba la ventura...
y un padre fuí para él!
—¡Y olvido otro juramento?
—Mas no: ¡Lorenza me amó
porque mi gloria ocupó
su orgulloso pensamiento!
—Roma, alcázar opulento

del arte de Rafael,
¿ceñiste ayer de laurel
mi frente, ciudad hermosa?...
¡Mañana, Salvator Rosa
ya no será digno de él!
(Se sienta y llama golpeando en la mesa.)

ESCENA IX.

SALVATOR, AMBROSIO, ALDEANOS, MOZAS y SALTIMBANQUIS: despues LORENZA.

MÚSICA.

CORO. (Dentro.) Alegres piferaris
y transtiverinos:
tornemos á la danza,
suene el mandolin;
sus flores os regalan
(Las Mozas aparecen por el fondo con ramos: Aldeanos y Saltimbanquis salen de la hostería con copas en las manos demostrando la mayor alegria: Ambrosio, con una botella en cada mano, balanceándose por la embriaguez.)
las transtiverinas,
y quieren con vosotros
su garbo lucir.

SALT. (Dentro.) Cantemos y bebamos
el rico licor,
y vivan los placeres
y viva el amor.

—

SALV. (Valor, Lorenza viene:
¡silencio, corazon!)
LOR. Al fin te veo, dime... (Con ansiedad.)
SALV. ¡Ja, ja, ja! (Fingiendo desden.)
LOR. ¡Salvator! (Aterrada.)
SALV. Acá los Saltimbanquis.

AMBR. ¡Qué veo! (Saliendo todos.)
CORO. ¡Salvator!
SALV. Atencion: desde ahora...
soy vuestro director. (Toma una botella.)
TODOS. ¡Director!
LOR. ¡Qué horror!

—

SALV. Sí, y llévese el demonio
la gloria y la fortuna.
Renuncio al matrimonio,
y venga, venga licor.
¿Amar tan sólo á una
habiendo mil mujeres?
¡Que vivan los placeres
y viva, viva el amor!
(Corre tras de las Mozas, y les abraza fingiendo embriaguez.)
SALT. ¡Que vivan los placeres,
y viva, viva el amor!

—

AMBR. Señora, nada temas.
(Arrojándose á los piés de Lorenza.)
¿Te olvida Salvator?
¡Yo soy un caballero,
y... pues... aquí estoy yo!
SALV. ¡Imbécil!...
AMBR. ¡Cómo imbécil!
SALV. Calla.
CORO. Tiene razon.

—

SALV. Dame un abrazo,
casta doncella,
si tu querella
calma mi amor.
Daréte en cambio
mi vida toda...
pero la boda
me causa horror.

—

LOR. ¡No más!...
SALV. ¡Por Dios!
LOR. ¡Jamas!
SALV. ¿Que no?
Aunque le pese al diablo
he de abrazarte yo.

ESCENA X.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. ¡Osado! (Saliendo.)
LOR. ¡Antonio! (Amparándose en él.)
SALV. Antonio.
(¡Ay!... ¡Calla, corazon!)
—¿Qué es esto, camaradas,
la copa se apuró?
Que vengan mil toneles,
que paga Salvator.

—

Sí, y llévese el demonio, etc.
CORO. Que vivan los placeres, etc.

HABLADO.

SALV. Ea, basta de jolgorio:
¡muchachos, van á casarme!
¿No es cierto que es mi futura
boccato di cardinale?
Lorenza, dame un abrazo,
y hagamos las amistades.
(Se dirige á ella tambaleándose.)
TODOS. ¡Sí, sí!
SALV. ¡Silencio, hijos mios!
—Ven, paloma.
ANT. ¡Miserable!

SALV. y ALG. ¡Ja, ja, ja!
ANT. ¡Callad, villanos!
SALT. ¿Villanos los Saltimbanquis?
LOR. Sosegaos, caballero, (A Antonio.)
pues ya no teneis rivales.
ANT. ¿No le amais?
LOR. No: ¡me horroriza
el pensar que pude amarle!
SALV. (¡Ay!!!)
ANT. ¡Dios mio! ¿Es esto un sueño?
SALV. (¡No me amaba!)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CAPUZZI y CONVIDADOS.

CAPUZZI. ¡Voto al draque!
¿En qué piensan mis sobrinos?
¡A firmar!
LOR. Tio, me place
que en el contrato de boda
aun nuestras rúbricas falten.
CAPUZZI. ¡Cómo!
LOR. Yo no doy mi mano
á un hombre tan despreciable.
SALV. Señor Capuzzi...
CAPUZZI. ¿Qué es esto?
SALV. Leed.
CAPUZZI. ¡Madona del Cármen!...
«Hago donacion de todos (Lee.)
mis lienzos al comerciante
señor Capuzzi...» ¡Magnífico!
«Como consienta el enlace
de Antonio y Lorenza.»
ANT. ¡Cielos!
CAPUZZI. Pues no hiciera más un padre.
LOR. ¡Mi esposo!
ANT. (Aparte á Salvator.)
(¡Salvator! Esto

es una farsa; tú haces
un sacrificio...

SALV. ¡Esto y más (Apretándole la mano.)
te debo!

ANT. ¿Y vas á alejarte?

SALV. ¡Para siempre!

ANT. ¡Oh!...

SALV. ¡Sé feliz,
y haz la dicha de ese ángel!)

ANT. ¡Salvator!...

SALV. —¡Viva la novia!

TODOS. ¡Viva!

SALV. Ea, Saltimbanquis,
estamos en marcha. ¡Adios,
Antonio!... ¿Quieres vengarte
de mí?... ¡Venga otra botella!
(Arroja la que tiene en la mano.)
(No puedo más: cielo, valme.)

LOR. (¡Dios, qué turbacion!)

CAPUZZI. ¡Demontre!
¡Sostenedle, que se cae!
(Acuden á sostener á Salvator, que se apoya sobre la mesa.)

AMBR. ¡Ha empinado de lo lindo!

ANT. Salvator, ¿vas á dejarme? (Con amarga ternura.)

SALV. Sí, me entusiasma la vida
de artista... la vida errante...

LOR. ¡Amad la gloria!... (Conmovida.)

SALV. La gloria... (Balbuciente.)
¡No es ingrata... ni mudable!

MÚSICA.

SALV. El mundo es una farsa;
el genio es el autor;
los hombres la comparsa,
y el diablo apuntador.

TODOS. ¡Viva Salvator!

SALV. (¡Pobre Salvator!)

(Salvator dirige una mirada á Lorenza, y haciendo un esfuerzo, vase resueltamente por el foro. Los Saltimbanquis le siguen. Los Aldeanos agitan los pañuelos y sombreros en señal de despedida, y cae el telon.)

FIN.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada.

Madrid 7 de Noviembre de 1864.

El Censor de teatros,

NARCISO DE SERRA.

or A. E. Brehm; Antropología, Botánica, Mineralogía, Geología y Paleontología, escritas por eruditos autores españo
presencia de los más completos y recientes datos de estas ramas de la ciencia.—Lujosísima edición, la más notabl
pleta de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados que represent
nente la mayor parte de las especies de los tres reinos de la naturaleza, y con una numerosa colección de magnífic
nolitografías en las cuales se retratan con admirable semejanza los diversos tipos de las *Razas Humanas* y much
cies animales, vegetales y minerales.—A cuartillo de real la entrega.

NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

POR VIVIEN DE SAINT-MARTIN, MAURY, BEAUDANT, MALTE-BRUN, LAVALLEE, CORTAMBERT Y TOPINART

letada con las exploraciones de los más notables viajeros antiguos y modernos, y corregida su parte estadística segú
s más recientes censos y datos oficiales.—Espléndida edición ilustrada con magníficos grabados, mapas iluminados
minas tiradas aparte.—A cuartillo de real la entrega.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

BRA FILOSÓFICO-HISTÓRICA DIVIDIDA EN CUATRO PARTES: SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO-SAN IGNACIO DE LOYOLA

POR DON EMILIO CASTELAR

ción profusamente ilustrada con elegantes cromos y retratos grabados en acero.—A un real la entrega.

HISTORIA UNIVERSAL

RITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES BAJO LA DIRECCIÓN DEL EMINENTE HISTORIÓGRAFO